

CAPÍTULO 9

Obama, Trump y Biden frente a los avatares del declive estadounidense: entre las fracturas domésticas y el ascenso de China

ANABELLA BUSO

Estados Unidos enfrenta un proceso de pérdida relativa de hegemonía iniciado desde hace décadas. Dicho proceso se ha manifestado de distinta manera a través de las administraciones de Barack Obama, Donald Trump y Joe Biden. Si bien desde la mirada disciplinar de las Relaciones Internacionales se constituyó en un lugar común señalar como su principal causa el traslado del eje de poder mundial de Occidente a Oriente y el consecuente crecimiento de las capacidades contrahegemónicas de China, entendemos que ese análisis debe ser complementado con otro proceso concurrente de deterioro que se inscribe en causas domésticas. Así, la opción por un modelo de capitalismo financiero articulado en torno a la globalización neoliberal terminó afectando la distribución de la riqueza, la generación de empleo, el ensanchamiento de la problemática de clases, el recrudecimiento de la segregación racial y un claro deterioro del sistema político democrático como baluarte del excepcionalísimo estadounidense, tendencias que se agravaron en el marco de la pandemia de COVID-19. Ese escenario perforó la agenda externa del país y la confianza en su narrativa internacional.

En este capítulo intentamos repasar analíticamente cómo la visión globalista optimista de Obama; las propuestas devenidas del populismo de derecha y la *ALT-Right* de Trump y el intento

de recuperar el espíritu de las políticas rooseveltianas y la experiencia del *embedded liberalism*^[1] de Biden, son distintos ensayos para enfrentar el proceso de declive que, necesariamente, para ser contenido conlleva recomponer las condiciones económicas y políticas domésticas.

Esta línea de análisis se sustenta en las teorías que describen las acciones externas de Estados Unidos en general y su política exterior en particular desde la perspectiva del enfoque interactivo como lo plantea el modelo de Robert Putnam, donde la política exterior debe entenderse en el marco de la interacción permanente entre los ámbitos interno e internacional.^[2]

En conexión con este análisis subrayamos que la narrativa del excepcionalismo estadounidense, sobre la cual se justificó históricamente la acción externa, estuvo siempre basada en supuestos tales como la superioridad de su sistema político y económico, la particularidad de su geografía, la grandeza de su población y, en varias ocasiones, en la noción de una misión providencial. Claramente, todas estas son condiciones domésticas que, de una u otra manera, se han visto afectadas por el deterioro del sistema político y económico iniciado en los años setenta. De acuerdo a Charles Kupchan existió una primera versión del excepcionalismo (a la que llama excepcionalismo 1.0) más ligada a las vivencias del siglo XIX que proponía aislar el experimento estadounidense de las amenazas extranjeras y evitar los enredos internacionales con los grandes poderes del momento; difundir la democracia a través del ejemplo en lugar de la intrusión; abrazar el proteccionismo y el

[1] El término *embedded liberalism* fue utilizado por primera vez por John Ruggie en 1982. Este concepto está asociado al sistema económico global y la orientación política internacional acontecidos entre el inicio de la segunda posguerra y el primer shock petrolero de 1973. En este escenario, se estableció un apoyo claro a la articulación entre el libre comercio y la libertad de los Estados para poner en funcionamiento políticas destinadas a proveer bienestar y regular sus economías para reducir el desempleo. En castellano, suele traducirse como liberalismo incrustado o liberalismo integrado. John Gerard Ruggie, «International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Post War Economic Order», *International Organization*, vol. 36, n.º 2 (1982), págs. 379-415.

[2] Robert Putnam, «Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games», *International Organization*, vol. 42, n.º 3 (1988), págs. 427-459.

comercio justo (no libre) y preservar una ciudadanía relativamente homogénea a través de políticas racistas y anti-inmigrantes. Este modelo se ajustó con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial y, a partir de entonces, la misión excepcional del país se centró en la idea de una Pax Americana sostenida a través de la vigorosa exportación del poder y los valores estadounidenses. A este modelo el autor lo denomina excepcionalismo 2.0.^[3]

Esta estimación sobre la superioridad de los valores domésticos estadounidenses –como base tanto de su poder y de la narrativa para proyectarlo internacionalmente– puede rastrearse históricamente en expresiones como «Imperio del bien»; «imperialismo democrático»; «superpotencia no imperial» o «hegemonía benevolente». Para inicios del siglo XXI, Samuel Berger subrayaba que la continuidad del liderazgo y la hegemonía estadounidense dependía de una adecuada articulación entre poder y autoridad. Al respecto afirmaba:

«Hay que recordar la diferencia entre poder y autoridad: el poder es la capacidad de presionar por la fuerza y las sanciones –hay ocasiones en las que debemos utilizarlo, porque siempre habrá intereses y valores por los que valga la pena luchar–; la autoridad es la capacidad de liderar, y dependemos de ella para casi todo lo que intentamos conseguir. La autoridad de Estados Unidos está edificada sobre cualidades muy distintas a las de su poder: se basa en el atractivo de sus valores, en la fuerza de su ejemplo, en la credibilidad de sus compromisos y en su voluntad de escuchar y mantenerse firme al lado de otros. Puede que hoy no haya ninguna amenaza real para nuestro poder. Pero si lo utilizamos de un modo que antagonice a nuestros amigos y deshonor a nuestros compromisos, perderemos la autoridad, y entonces el poder significa muy poco».^[4]

Sin embargo, por causas muy diversas como la guerra contra el terrorismo, la crisis económica de 2008, el empoderamiento de China, entre otras, distintas administraciones actuaron más recurriendo al uso del poder y las decisiones unilaterales que a su autoridad para liderar. Esta tendencia se explica no solo por el *rise*

[3] Charles Kupchan, «The Clash of Exceptionalisms. A New Fight Over an Old Idea», *Foreign Affairs Magazine*, vol. 96, n.º 2 (2018).

[4] Samuel Berger, «La política exterior de EEUU en una era global», *Política Exterior*, vol. 15, n.º 79 (2001), págs. 135-152.

of the rest, en términos de Fareed Zakaria,^[5] sino también por el deterioro de los valores estadounidenses al interior de su país como resultado de la articulación inicial entre conservadurismo y neoliberalismo, continuada después por la alianza entre progresismo y neoliberalismo. Así, republicanos y demócratas han afectado en las últimas décadas la distribución de la riqueza y la calidad de la democracia estadounidense deteriorando los valores en los que se basaba su autoridad lo que aceleró la pérdida de liderazgo a través de una dinámica que va de adentro hacia afuera.

9.1 Antecedentes del proceso de declive

A lo largo de la década de los setenta del siglo pasado aparecieron los primeros indicios de cambios en el orden internacional (transnacionalización, interdependencia, problemáticas ligadas al eje Norte-Sur conviviendo con las del eje Este-Oeste, shocks petroleros, retorno de China al escenario mundial después de una década de retraimiento, ajuste al orden económico de Bretton Woods, entre otros), los cuales constituían también los síntomas iniciales de una «crisis relativa» de hegemonía de Estados Unidos en términos comparativos con su poder político, económico y militar en los primeros 25 años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. La administración Nixon y la propuesta de Kissinger de un orden basado en la distensión internacional lograron contener parcialmente el proceso de deterioro de las capacidades estadounidenses. Sin embargo, varios indicadores domésticos ligados al síndrome de Vietnam (tensiones cívico militares, surgimiento de grupos aislacionistas tanto de derecha como de izquierda, las apreciaciones conservadoras sobre una sociedad afectada por los excesos del liberalismo político donde se degradaba la familia y continuaba aumentando el consumo de drogas) más el escándalo de Watergate generaron la percepción de un deterioro de la calidad del sistema político estadounidense en simultáneo a una Unión Soviética (URSS) que expandía su influencia en el Tercer Mundo. Estas tendencias no se revirtieron con las propuestas de la administración Carter la cual, además, finalizó su gestión con una economía afectada por

[5] Fareed Zakaria, *The Post American World*, Nueva York: W. W. Norton, 2011.

la estanflación y debió poner fin a la etapa de distensión. Tal escenario favoreció la llega al poder de Ronald Reagan en 1981 y su «revolución neoconservadora».

Si bien su propuesta de nueva Guerra Fría estructurada en tres ejes –rearme, confrontación con la URSS y recuperación del liderazgo político– le permitió sentar las bases para ganar la disputa con Moscú, simultáneamente la administración Reagan dejó un legado nocivo para la hegemonía estadounidense cuando consolidó el paso de un capitalismo productivo hacia uno financiero, en el contexto de una globalización neoliberal. Esta tarea fue llevada adelante en tándem con Margaret Thatcher como primera ministra del Reino Unido. Como señala Emir Sader, estos gobiernos plantearon una articulación entre el pensamiento político neoconservador y una economía neoliberal que fue la base sobre la cual se construiría la etapa de apogeo neoliberal de los noventa que enmarcó el nacimiento de la posguerra fría. Por estos años se consolidó culturalmente la idea del fin del Estado de Bienestar, su reemplazo por un Estado mínimo y se fortaleció al sector financiero transnacional a partir de nuevas desregulaciones. Pero, lo más notorio de este proceso es que su consolidación se produce bajo las administraciones Clinton y Blair quienes, en el marco discursivo «de la tercera vía» que caracterizó a la socialdemocracia de la época, aplicaron una versión más *light* del modelo neoliberal, pero habilitaron el afianzamiento de un nuevo bloque de poder constituido por los sectores financieros, los grandes sectores agroexportadores –especialmente los ligados a la soja– y los medios de comunicación privados. En este marco, la mayoría socialdemócrata se convertía en portavoz de la globalización, mientras que las crisis financieras y sus consecuencias desastrosas se concentraban en la periferia:^[6] México, 1995; Sudeste Asiático 1997; Federación Rusa en 1998; Brasil 1998; Argentina 2001.

¿Cómo explicar este largo proceso de dominio neoliberal y su relación con las democracias occidentales desde el punto de vista conceptual y político? De acuerdo a Nancy Fraser, una de las razones es que «el neoliberalismo no es una cosmovisión total (...),

[6] Emir Sader, *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires: Siglo XXI y CLACSO, 2009.

sino que se trata de un proyecto político-económico que puede articularse con varios proyectos diferentes y hasta antagonicos de reconocimiento,^[7] incluidos los progresistas»^[8] En este contexto, la autora aporta el concepto de «neoliberalismo progresista» para describir cómo se aceleró el deterioro de las clases trabajadoras, las minorías y otros sectores cuando el neoliberalismo se unió al progresismo en épocas de la administración Clinton. Para Fraser,

«Clinton fue el principal ingeniero y portaestandarte de los “Nuevos Demócratas”, el equivalente estadounidense del “Nuevo Laborismo” de Tony Blair. En vez de la coalición del *New Deal* entre obreros industriales sindicalizados, afro-estadounidenses y clases medias urbanas, Clinton forjó una nueva alianza de empresarios, suburbanitas, nuevos movimientos sociales y juventud: todos proclamando orgullosos su *bona fides* moderna y progresista, amante de la diversidad, el multiculturalismo y los derechos de las mujeres. Aun cuando la administración Clinton hizo suyas esas ideas progresistas, cortejó a *Wall Street*. Pasando el mando de la economía a Goldman Sachs, desreguló el sistema bancario y negoció tratados de libre comercio que aceleraron la desindustrialización».^[9]

Los años venideros no modificaron el rumbo. Si bien el primer secretario del Tesoro de la administración de George W. Bush, Paul O'Neill, intentó recuperar un rol más relevante para el Estado en la toma de decisiones económicas, sostener las actividades productivas y finalizar las políticas de salvataje para el sector financiero en otros países invocando el «riesgo moral»,^[10] su permanencia en el gobierno fue solo de dos años debido a los desacuerdos con la

[7] En la obra citada *up supra* la autora trabaja dos conceptos centrales. Uno refiere al aspecto redistributivo que indica cómo la sociedad debería asignar los bienes divisibles, en especial el ingreso. El otro aspecto se vincula con el reconocimiento, el cual expresa cómo la sociedad debería atribuir el respeto y la estima, que son las marcas morales de la pertenencia y la integración.

[8] Nancy Fraser, *Contrahegemonía ya!*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2019, pág. 71.

[9] Nancy Fraser, «El fin del neoliberalismo progresista», *Sin Permiso* (2017), disponible en <<http://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista>>.

[10] Riesgo moral es un concepto económico que nos informa cómo los individuos asumen sus decisiones de mayores riesgos cuando las posibles consecuencias negativas de sus actos no son padecidas por ellos, sino por

política hacia Irak, la suba de impuestos y las presiones de *Wall Street*.^[11] Quienes le sucedieron en el cargo retornaron a las lógicas pro sector financiero que prevalecieron en los gobiernos anteriores. De hecho, cuando estalló la crisis de 2008, la Secretaría del Tesoro estaba a cargo de Henry Paulson, ex presidente ejecutivo de Goldman Sachs.

9.2 La era Obama y la confianza en la globalización neoliberal

El triunfo de Obama en las elecciones de 2008 se relaciona más con el contexto de crisis que con un avance en la superación del racismo en Estados Unidos. Las consecuencias negativas de las guerras en Afganistán e Irak, pero muy especialmente, la crisis económica iniciada en 2008, allanaron su camino hacia el Salón Oval y, simultáneamente, enmarcaron su gestión de gobierno.

un tercero. Existe riesgo moral cuando una persona tiene mayor información acerca de sus propias acciones que el resto de los individuos, esta situación provoca que, en caso de que sea otra la persona que sufre los costes asociados a la falta de esfuerzo o responsabilidad, los incentivos para ser responsables estén distorsionados. El riesgo moral reduce la capacidad del mercado para asignar eficientemente el riesgo. Paul Krugman y Robin Wells, *Introducción a la economía: Microeconomía*, Barcelona: Reverté, 2006, pág. 449. Según Lavagna tanto en la crisis del Tequila como en las sucedidas en el Sudeste Asiático, Rusia y Brasil, el FMI y el Tesoro norteamericano impulsaron un rol activo del organismo como prestamista de última instancia. Sin embargo, a partir del 2000 se consideró que esta estrategia de minimización de riesgos había acarreado un problema: la disminución de los incentivos de los inversores para evaluar cuidadosamente los riesgos a asumir. La garantía implícita de un rescate impedía, por un lado, que los inversores sufrieran las consecuencias de una mala evaluación y, por otro lado, resultaba en una «incorrecta» asignación de los recursos a nivel internacional. La posición asumida por parte del Gobierno de Estados Unidos a partir de 2001 se basó en estas consideraciones. Para Washington el esquema de salvatajes había generado incentivos perversos y era necesaria una vuelta a las leyes de mercado. Roberto Lavagna, «Política, economía y deuda», en *Estado y globalización. El caso argentino*, Santa Fe: Rubinzal y Culzoni Editores, 2005, págs. 63-104.

[11] Enric González, «Un realista contra *Wall Street*», *El País* (2002), disponible en <https://elpais.com/diario/2002/12/07/internacional/1039215601_850215.html>.

A pesar de ello, en aquellos años, la llegada al poder del primer presidente afro-estadounidense tuvo un gran peso simbólico y generó expectativas nacionales y globales, quizás desmedidas, sobre su capacidad para resolver la crisis económica y, muy especialmente, sobre el camino que seguiría para cumplir ese objetivo y sus posibles impactos positivos en el resto de mundo.

Sin embargo, el devenir sería otro. Un breve repaso nos muestra que Obama era consciente del nivel de crisis, pero que intentaría recuperar el liderazgo estadounidense a través de la narrativa del excepcionalismo 2.0, mientras que la promesa de trabajar para acortar la distancia entre la sociedad y la política se cumpliría a medias en tanto el presidente no corrigió la influencia excesivas del sector financiero y, conforme fue avanzando en su mandato, consolidó su visión optimista sobre la globalización neoliberal y el libre comercio. En sus discursos de campaña se preocupó por destacar la necesidad de renovar el liderazgo de Estados Unidos y subrayó la vigencia del excepcionalismo como narrativa central. En ese marco afirmó:

«En momentos de gran peligro durante el siglo pasado, mandatarios estadounidenses como Franklin Roosevelt, Harry Truman y John F. Kennedy lograron tanto proteger al pueblo estadounidense como ampliar las oportunidades para la siguiente generación. Más aún, se aseguraron de que Estados Unidos, por medio de sus acciones y ejemplo, guiara e inspirara al mundo, de que defendiéramos y lucháramos por las libertades que miles de millones de personas buscaban fuera de nuestras fronteras... El momento propicio de Estados Unidos no ha pasado, pero debe recuperarse de forma positiva. Considerar que el poderío estadounidense está en un declive terminal es desconocer la gran promesa de Estados Unidos y su objetivo histórico en el mundo. Si soy elegido presidente, comenzaré a renovar esa promesa y ese objetivo el día en que tome posesión del cargo».^[12]

Más allá de sus afirmaciones sobre el rol del Estado que generaron ciertas remembranzas del *New Deal*, Obama terminaría por una parte dando lugar a las exigencias de los republicanos y, por la otra, permitiendo que parte de los subsidios y rescates del Estado

[12] Barack Obama, «La renovación del liderazgo estadounidense», *Foreign Affairs Magazine*, vol. 7, n.º 4 (2007), pág. 104.

terminaran beneficiando más a los bancos y a los CEO que al ciudadano de a pie. En este marco, se produjeron dos tendencias claras: una fue la continuidad del distanciamiento entre el establishment político y la sociedad, y la otra la profundización de las tensiones entre el Ejecutivo y el Congreso.

Según Drew Westen^[13] cuando Obama asumió, la nación estaba en ruinas. Los estadounidenses estaban asustados y enojados. Tres cuartos de millón de personas habían perdido sus empleos en el mes de enero de 2008 y muchos de ellos sus hogares. El mercado de valores caía sin un final a la vista. Ante ese escenario la esperanza era tan escasa como el crédito. En ese contexto, los estadounidenses necesitaban que su presidente relatará una historia que le diera sentido a lo que acababa de pasar, que explicara lo que lo causó y mostrase cómo iba a terminar esta situación. En otras palabras, ellos necesitaban saber que el presidente había entendido lo que sentían, que iba a encontrar a los responsables de sus sufrimientos, y que iba a restaurar el orden y la seguridad. Sin embargo, no hubo intentos por identificar a los culpables con nombre y apellido, ni por corregir políticas en dirección opuesta a las soluciones ofrecidas por la derecha conservadora y los hombres de las finanzas. En circunstancias similares, Franklin Roosevelt les ofreció una promesa a los estadounidenses de utilizar el poder de su cargo para mejorar sus vidas y seguir intentando hasta que lo hiciera bien. Juró mantener a la gente que había provocado la crisis fuera de los pasillos del poder, y lo cumplió. En un discurso de 1936 en el Madison Square Garden, sostuvo: «Nunca antes en toda nuestra historia han existido fuerzas tan unidas en contra de un candidato tal y como lo están hoy. Son unánimes en su odio por mí y doy la bienvenida a su odio».^[14]

Por otra parte, Obama pretendía superar la creciente confrontación política y cultural entre liberales y conservadores a través de la búsqueda de un apoyo bipartidista en el Congreso que los republicanos no tenían voluntad de otorgarle. Los dos primeros años de gobierno de Obama, cuando los demócratas tenían una

[13] Drew Westen, «What Happened to Obama?», *The New York Times* (2011).

[14] *Ibidem*.

amplia mayoría en ambas cámaras y podrían haber votado cambios estructurales, se esfumaron.

A pesar de ello se logró aprobar en el Congreso un paquete de estímulo económico por 787 000 millones de dólares, con el cual se redujeron los impuestos –incluidos a los más ricos– se extendieron beneficios para los desempleados y se inició un plan de obras públicas en todo el país. En 2009, el Gobierno federal rescató a la industria automotriz tomando el control de General Motors y Chrysler salvando puestos de trabajos e hizo lo mismo con la banca con unos siete mil millones de dólares.

Al año siguiente, como parte de las reformas para evitar otra crisis financiera, la administración promovió la ley Dodd-Frank, una legislación para regular a los grandes bancos y proteger financieramente al consumidor, que incluía tarjetas de crédito y cuotas inmobiliarias. Se estableció un control más exhaustivo a las entidades bancarias demasiado grandes para quebrar, a las cuales se les prohibió estar muy involucradas con los fondos hedge, derivados riesgosos, intercambios de créditos impagos y materias primas. De la misma manera a las agencias de calificación como Moody's y Standard & Poor's se les exigió volverse más estrictas en sus sistemas de evaluación.

Si bien este fue un avance, existen lecturas críticas tanto sobre las negociaciones para aprobar la ley como en su aplicación posterior. David Skeel,^[15] sostiene que no alcanza con analizar la sustancia de la ley, sino que es necesario incluir el clima político y económico en el que se llevó a cabo esta regulación. En ese marco considera que la ley surgió en un contexto de asociación entre el gobierno con las más grandes instituciones financieras y que la misma apuntó a una especial intervención por parte de los reguladores, en vez de una mayor respuesta basada en reglas que hagan predecibles las crisis. Además, el autor destaca la inclinación del gobierno de Barack Obama hacia las corporaciones, en particular de aquellas personas vinculadas a los rescates del año 2008. Como indica Robert Kuttner^[16] al llegar a la Casa Blanca, el

[15] David Skeel, *The new financial deal, understanding the Dodd-Frank Act and its (intended) consequences*, New Jersey: John Wiley & Sons, 2011.

[16] Robert Kuttner, «Barack Obama, la economía y el progresismo estadounidense», *Nueva Sociedad* (2011), pág. 236.

nuevo mandatario integró un equipo económico compuesto por veteranos de las administraciones de Bill Clinton y George W. Bush. Era la misma gente que con su política de desregulación había generado el colapso financiero. Como asesor económico estaba Lawrence Summers (ex secretario del Tesoro de Clinton); como jefe de la Reserva Federal, Ben Bernanke (ex presidente del Consejo de Asesores Económicos de Bush, quien lo había designado para un primer mandato en la Reserva Federal); y como secretario del Tesoro, Timothy Geithner (ex-asistente del secretario del Tesoro con Summers y posterior presidente de la Reserva Federal de Nueva York con Bernanke).

Aunque para fines del mandato de Obama los indicadores económicos fueron mejores –baja inflación, crecimiento del PIB, disminución del déficit federal en dos tercios, aumento de las exportaciones, ventas crecientes en sectores como automóviles, minoristas e inmobiliario y creación de 17 millones de empleos–, también es verdad que las ganancias en *Wall Street* promediaron el 150 %.^[17] El movimiento contestatario *Occupy Wall Street*^[18] había sido opacado, pero la concentración de la riqueza en el 1 por ciento más rico no se había alterado.

[17] Los datos económicos fueron tomados de Pedro Vargas Núñez, *Barack Obama, el presidente que sacó a Estados Unidos de la recesión*, 2017, disponible en <<https://www.portafolio.co/internacional/barack-obama-el-presidente-que-saco-a-ee-uu-de-la-recesion-502740>>.

[18] *Occupy Wall Street* fue un movimiento social de protesta contra los abusos del sistema financiero internacional en el contexto del neoliberalismo, cuyas consecuencias se pudieron observar claramente con posterioridad a la crisis del 2008. Sus demandas solicitaban que la clase política enfrentase el poder de las empresas y la reiterada evasión fiscal de quienes conformaban «el 1 % más rico». Su principal crítica estaba dirigida a las reformas estructurales de la economía norteamericana que, desde los setenta y muy especialmente en los ochenta, fomentaron el paso de un modelo de capitalismo productivo a otro financiero/especulativo. En este marco, la problemática de la desigualdad comienza a ocupar un lugar importante en la agenda de distintos movimientos sociales en Estados Unidos, mostrando un deterioro de las condiciones hegemónicas desde adentro hacia afuera. Operativamente, sus reclamos se canalizaron a través de manifestaciones y de la ocupación de distintos lugares públicos de la ciudad de Nueva York como Zuccotti Park en el bajo Manhattan, pero también lograron concretar protestas simultáneas en otras ciudades importantes como Chicago, Los Ángeles, Portland, San Francisco y Boston.

Al igual que en la era Clinton, la administración Obama tuvo algunas políticas sociales importantes como la de seguro de salud universal de bajo costo (*Obamacare*). Sin embargo, otros temas centrales como la reforma integral del sistema migratorio, la modificación de la legislación para limitar el uso de armas, las reformas del sistema carcelario y judicial no fueron abordados por no poder, o no querer, dar batalla con actores domésticos poderosos que se oponían a las mismas. Así, los sectores trabajadores y los más desposeídos que habían recibido el mayor impacto económico de la crisis incrementaron su desencanto. Ahora, a los problemas del racismo estructural^[19] se le sumaba la agudización de los problemas de clase.

Durante su segundo mandato, con las aguas económicas más tranquilas, Obama mostró su predilección y su visión optimista sobre la globalización neoliberal. Esta se canalizó especialmente por la búsqueda de acuerdos de libre comercio por fuera de la Organización Mundial del Comercio (OMC). Sus dos notas distintivas fueron el Acuerdo Transpacífico de Cooperación Económica (TPP, por sus siglas en inglés) y el Tratado Transatlántico de Comercio e Inversiones (TTIP, por sus siglas en inglés). El primero de ellos, además de las cuestiones comerciales, al excluir a China perseguía el objetivo geopolítico de limitar su influencia y garantizar la libre circulación en el Mar de China. Este país fue identificado como el principal desafío estratégico para Estados Unidos y sobre ese diagnóstico se elaboró una política exterior que pensó el siglo XXI como el *America's Pacific Century*.

En breve, Obama consiguió que la economía estadounidense se recuperase. Sin embargo, cometió un gran error: no hizo todo lo que estaba a su alcance para castigar a aquellos que, vía la malversación y la especulación, desestabilizaron el sistema económico en su conjunto. En este sentido, informes públicos y periodísticos de los años 2016 y 2017 destacan que, a pesar de la magnitud de la crisis financiera de 2008, solo 35 protagonistas de la misma fueron condenados judicialmente, siendo la mayoría de ellos representantes de pequeños bancos. Sin embargo, los bancos clasificados

[19] Un ejemplo de la falta de reformas es el nacimiento del movimiento *Black Lives Matter* en 2013 después de que George Zimmerman fuera absuelto por disparar a Trayvon Martin hasta matarlo.

como «demasiado grandes para quebrar» pagaron más de 150.000 millones de dólares en multas, pero sus titulares y CEOs no fueron enjuiciados y pudieron continuar su ejercicio profesional en otras empresas y bancos.^[20]

Por estas razones, entre los ciudadanos permanece la impresión de que los culpables de aquella crisis no han recibido su castigo. La injusticia en el reparto de los costos es una de las razones por las cuales los estadounidenses terminaron eligiendo a Donald Trump. Obama como presidente y Hillary Clinton como candidata no lograron canalizar el enojo. Trump sí lo hizo. Paralelamente, mientras Estados Unidos no logró recomponer sus deudas políticas, económicas y sociales domésticas, China siguió creciendo en poder e influencia.

9.3 La llegada de Trump y su propuesta de *America First*

El triunfo de Trump en las elecciones de 2016 se explica, en gran medida, como una respuesta a la acumulación de disconformidades de la sociedad estadounidense con respecto a los políticos. En este marco, tanto las elecciones primarias como la general se ordenaron en torno al clivaje *candidatos proestablishment* y *candidatos antiestablishment*. Así, Trump logró presentarse como un *outsider* de la política que encarnaba al candidato *anti-establishment* de derecha, mientras que en las primarias del Partido Demócrata Bernie Sanders fue seguido por quienes se identificaban con un candidato *antiestablishment* progresista. Hillary Clinton, en ambas ocasiones, fue retratada como una representante del *establishment* político aliado con *establishment* económico, especialmente con *Wall Street*.

[20] FT, «US haul from credit crisis bank fines hits \$150bn», *Financial Times* (2017), disponible en <<https://www.ft.com/content/71cee844-7863-11e7-a3e8-60495fe6ca71>>; Público, ¿Qué fue de los protagonistas de la estafa de las «subprime» que trajo la mayor crisis económica?, 2017, disponible en <<https://www.publico.es/economia/crisis-financiera-protagonistas-estafa-subprime-trajo-mayor-crisis-economica.html>>; Público, Los bancos de EEUU pagan más de 150.000 millones de dólares en multas por la crisis, 2017, disponible en <<https://www.publico.es/economia/bancos-eeuu-pagan-150-mil-millones-dolares-multas-crisis.html>>.

En términos de Nancy Fraser, la elección de Trump fue una más de una serie de insubordinaciones políticas espectaculares que, en conjunto, apuntan a un colapso de la hegemonía neoliberal (*Brexit*, rechazo de las reformas de Renzi en Italia, el apoyo obtenido por el Frente Nacional en Francia, la campaña de Sanders para la nominación Demócrata en Estados Unidos en 2015). Estas experiencias son muy diferentes desde lo ideológico, pero comparten su rechazo a la globalización gran-empresarial, el neoliberalismo y al *establishment* político que los ha promovido. Los electores entendían que la combinación de austeridad, libre comercio, deuda predatoria y trabajo precario devenido del capitalismo financiero, era letal. En consecuencia, sus votos fueron una respuesta a la crisis estructural de esta forma de capitalismo, crisis que saltó por primera vez a la vista de todos con la crisis de 2008.^[21]

Trump asumió en un escenario distinto al de Obama, pero también actuó a partir de un diagnóstico que mostraba preocupación por la pérdida del liderazgo de Estados Unidos. De hecho, sus lemas de campaña y de gobierno fueron *Make America Great Again* y *America First*. Para el logro de sus objetivos, Trump recuperó la idea del excepcionalismo 1.0; rescató la tradición Jacksoniana de política exterior enmarcada en un populismo de derecha y, posteriormente, fue fortaleciendo sus lazos con las prácticas e ideas de los grupos identificados con la derecha alternativa (*ALT-Right*).

En su adhesión al excepcionalismo 1.0, Trump mostró un perfil aislacionista vía el cuestionamiento de las alianzas de Washington con Europa y Asia, y la exigencia de que financiaran su propia defensa; abandonó las políticas de *peacebuilding*; desconoció el multilateralismo y destacó que ningún organismo decidiría sobre los asuntos internos del país ponderando el nacionalismo. En este marco, se retiró del Acuerdo de París y de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO, por sus siglas en inglés) y no tuvo ninguna política destinada a reactivar a la OMC. Desde el punto de vista económico, defendió la idea de comercio justo y no la de libre comercio y, por ello, no ratificó el TPP firmado por Obama. Afirmó que las políticas económicas anteriores habían contribuido a que la riqueza de la

[21] Fraser, «El fin del neoliberalismo progresista», op. cit., pág. 2.

clase media del país «haya sido arrancada de sus hogares y luego redistribuida por todo el mundo».^[22] Finalmente, Trump también apostó a la idea de volver a Estados Unidos más homogéneo en torno a la población blanca y anglosajona. Este componente racial y xenófobo del excepcionalismo 1.0 se canalizó en la política anti-inmigrante, la alianza con supremacistas blancos, el incremento de la violencia policial hacia la comunidad afro-estadounidense, entre otras acciones.

Su principal asesor de campaña, Steve Bannon –uno de los padres de los movimientos que integran la *ALT-right*– trató de enmarcar esta política en alguna de las tradiciones de la política exterior estadounidense. Para ello recuperó la obra del historiador Russell Mead,^[23] e identificó a Trump con una de ellas: la establecida por el presidente Andrew Jackson, considerado como el primer presidente populista y que abogó por una política exterior nacionalista. Quienes adhieren a estas ideas opinan que el gobierno debe trabajar en el exterior de manera limitada y concentrarse en la seguridad física y el bienestar económico de los estadounidenses. No creen en una política exterior moralista a través de la cual Estados Unidos deba expandir la democracia y evitar genocidios y tampoco defienden la idea de inmolarsse en la defensa del libre comercio global.^[24] La relación entre los jacksonianos y las élites

[22] Donald Trump, *Discurso inaugural*, 2017, disponible en <<https://sv.usembassy.gov/es/discurso-inaugural-de-presidente-donald-j-trump/>>.

[23] Walter Russell Mead, *Special Providence: The Secret Strengths of American Foreign Policy* *American Foreign Policy*, Routledge, 2013.

[24] Javier Gil Guerrero, *Trump, un Presidente Jacksoniano*, 2017, disponible en <<http://www.gees.org/articulos/trump-un-presidente-jacksoniano>>, para evitar confusiones respecto de alguno de los conceptos incluidos en la descripción del Gil Guerrero, es oportuno aclarar que en el campo de las Relaciones Internacionales se considera que el aislacionismo y su efecto limitante sobre la acción externa, propuesto por Estados Unidos, fue pensado para enmarcar sus vínculos con los grandes poderes, como por ejemplo los Estados europeos. Como la historia lo demuestra, este concepto no se aplicó a las acciones que Washington implementó para ampliar y conformar definitivamente el territorio nacional ni a sus relaciones con América Latina. Con posterioridad, en el siglo XX, la Escuela Realista tradicional planteó que la acción externa debía estar guiada por el interés nacional, y este no necesariamente fue siempre global, sino que estuvo geopolíticamente determinado. Finalmente, cabe destacar que la denominada democracia jacksoniana, que amplió el sufragio a la mayoría

no es buena. Consideran que estas son muy cosmopolitas y que proponen una política de puertas abiertas para la migración como una estrategia para diluir las formas de vida más populares propias de los jacksonianos.

Esta tendencia histórica coincidió con la consolidación de populismos de derecha a nivel global. De acuerdo a Osvaldo Iazzetta, en la campaña electoral de 2016, el populismo de derecha de Trump funcionó como una respuesta emocional y simplista ante un mundo percibido como cada vez más incierto e inseguro, más complejo y diverso. Así, su propuesta consistió en retrotraer las cosas a un momento anterior igual a aquel en el que Estados Unidos fue «el más grande». Además, dicha propuesta también se identifica con la idea de un populismo de exclusión basado en una promesa de expulsión de todo aquello que es percibido como una amenaza por el ciudadano medio de Estados Unidos, una solución que incluyó a mexicanos, latinos y musulmanes. Consecuentemente, su proyecto se redujo a la intención de purgar de elementos extraños a la sociedad estadounidense y trabajar sobre el miedo al «otro». En este marco apeló a los sentimientos de quienes tenían miedo y despreciaban al *establishment* de Washington.^[25]

Como muestran las descripciones anteriores, el excepcionalismo i.o., la tradición jacksoniana y el populismo de derecha se articulan perfectamente. En Estados Unidos estas ideas son prevaletentes en el centro del país y en algunos estados del sur donde se constituyó la base electoral de Trump.^[26] Sin embargo, a medida que avanzó

de los hombres blancos mayores de 21 años y buscó una igualdad destinada a poner fin al monopolio de los gobiernos por parte de las elites, fue una política relevante en términos domésticos. Sin embargo, no se constituyó en el eje estructural sobre el que se diseñó la acción externa jacksoniana, como sí lo sería en otras tradiciones de política exterior.

[25] Caracterización realizada por Osvaldo Iazzetta en un análisis sobre los debates entre Trump y Clinton organizado por la Secretaría de Comunicaciones de la Facultad de Ciencia Política y RR. II de la Universidad Nacional de Rosario. Parte de estas ideas aparecen en la nota publicada por esta Secretaría bajo el título «Trump, Clinton y de cómo seguir construyendo el sueño americano», 20 de octubre de 2016, disponible en <https://fcpolit.unr.edu.ar/debate/>.

[26] Para observar cómo se distribuye el voto que le dio el éxito a Donald Trump en 2016, véase BBC News Mundo «Mapas de los resultados que le dieron la victoria a Donald Trump sobre Hillary Clinton» 9 de noviembre

su administración, el presidente iría más allá en la conformación de su núcleo duro de votantes aliándose con sectores que pueden ser incluidos en la *ALT-Right*.

En términos generales, los adherentes a la derecha alternativa plantean un rechazo a lo que denominan la herencia cultural marxista y sus expresiones contemporáneas contrarias a la cultura y a la familia occidental tradicional. Dichas manifestaciones incluyen políticas y temas muy diversos como las cuestiones de género, el cuidado del medioambiente, las posturas progresistas, las políticas favorables a las migraciones, el islam, el movimiento LGTBQ+, la vacunación contra el COVID-19, un rol activo del Estado, entre otros. Todo este conjunto de cuestiones es identificado como dañino y cercano al comunismo (especialmente a la influencia del pensamiento gramsciano), dando lugar a extraños mitos y teorías conspirativas como, por ejemplo, el posible fin de la civilización occidental.

En términos organizacionales, la *ALT-right* es un movimiento de extrema derecha, heterogéneo, reciente y con un peso significativo en Estados Unidos. No tiene una estructura formal, pero reúne ideologías como el nacionalismo, el tradicionalismo cristiano y el populismo, así como posturas racistas y homofóbicas. Si bien estas también son características de la extrema derecha tradicional, la *ALT-right* cuenta con otros elementos diferenciadores. Su surgimiento se produjo en Estados Unidos durante la presidencia de Obama. Richard B. Spencer, defensor del supremacismo blanco y presidente del *think tank* Instituto de Política Nacional, acuñó el término lanzando la publicación digital *Alternative Right*. Esta página daba cabida a llamamientos en defensa de la «cultura occidental» y su «identidad», y se desmarcaba de la dependencia del *establishment* y la corrección política de la derecha tradicional. Otra de sus características es su presencia notoria en Internet. La mayoría de los partidarios del movimiento son jóvenes que lo

de 2016, disponible en <https://www.bbc.com/mundo/noticias-internacional-37919332>. Los mapas de la elección de 2020, muestran cambios que no alcanzan a lesionar la idea de que la base electoral de Trump está en el centro y sur del país. El país «Resultados Elecciones EEUU 2020» 13 de noviembre de 2020, disponible en <https://elpais.com/especiales/2020/elecciones-estados-unidos/resultados/>.

nutren desde el entorno digital y las redes sociales, donde sus miembros comparten teorías, memes, convocan a protestas e incluso acosan a oponentes políticos. Sin embargo, según Spencer, lo que empezó como una corriente de ciber-activistas se ha convertido en una opción política más. El éxito comunicativo de la *ALT-right* se explica por su estrategia de señalar enemigos y enlodar el debate político con un lenguaje ofensivo y provocador que culpabiliza de los problemas al otro: el inmigrante, el que es o piensa diferente, etcétera. Esto, unido a un uso desenfadado de sus comunicaciones, les da notoriedad pues una declaración es más llamativa al sobrepasar los límites de la corrección política y el respeto.^[27]

La administración Trump inició el año 2020 con la seguridad de que ganaría las elecciones presidenciales de noviembre de ese año. Sin embargo, la pandemia cambió abruptamente el panorama. En este marco, el presidente –casi como un reflejo de la lógica de la *ALT-Right*– optó inicialmente por desconocer la magnitud del problema epidemiológico, culpó a China por el inicio de la pandemia refiriéndose permanentemente al COVID-19 como el «virus chino», se opuso a las estrategias de aislamiento y distanciamiento social e, incluso, al uso de barbijo. Todo esto trajo como consecuencia una relación tensa con los gobernadores demócratas, a quienes acusó de exagerar el peligro de la pandemia con fines políticos. A su vez, los gobernadores criticaron la falta de apoyo federal y la modalidad utilizada para la compra de suministros médicos. Posteriormente, se dio otro debate cuando el presidente Trump declaró que tenía el poder total frente a los Estados para regular el proceso de apertura temprana de la economía, desconociendo las atribuciones constitucionales de los Estados.

Simultáneamente, los indicadores económicos en 2020 fueron negativos, con un primer semestre donde creció el desempleo,^[28] subieron los índices de pobreza y se incrementó la concentración de riqueza. El 1 por ciento más rico que posee casi el 50 % de los ingresos del país siguió consolidándose como rasgo de la sociedad estadounidense. Consecuentemente, la problemática en términos

[27] *El Orden Mundial*, «¿Qué es la alt-right?» 16 de marzo 2021, disponible en <https://elordenmundial.com/que-es-la-alt-right-extrema-derecha/>.

[28] Los niveles más altos se vieron en los meses de abril (14.8 %); mayo (13.3 %) y junio (11.1 %).

de divisiones de clases continuó agudizándose. En términos de Francis Fukuyama, los factores para dar una respuesta exitosa a la pandemia eran tres: capacidad estatal, confianza social y liderazgo. Por ello aquellos países que actuaron en un escenario donde el Estado fue disfuncional, la sociedad estaba polarizada y el liderazgo era deficiente –como los Estados Unidos bajo la conducción de Trump– realizaron mal la tarea, dejando a sus ciudadanos y economías expuestos y vulnerables.^[29]

A este contexto, después del asesinato de George Floyd el 25 de mayo de 2020, se sumó la intensidad de las manifestaciones contra el racismo y la discriminación racial que, en esta ocasión, no solo visibilizaron aún más las acciones de *Black Lives Matter*, sino que también lograron el acompañamiento de grandes sectores de la comunidad blanca.

Internacionalmente, las políticas destinadas a generar bienes públicos globales para atender la pandemia brillaron por su ausencia en la agenda de Trump, ante una China que avanzó en dirección opuesta a través de la «diplomacia de los barbijos» y, posteriormente, incrementando su participación en un escenario internacional cruzado por la geopolítica de las vacunas.

La suma de estas tendencias opuestas a los planes de Trump profundizó la búsqueda por parte del gobierno de la consolidación de vínculos con su «núcleo duro» de votantes. Esto significó que grupos negacionistas, anti-vacunas, supremacistas blancos, xenófobos, defensores del uso de armas, entre otros, pasaran al centro de la escena y acompañaran a Trump en su oposición al voto por correo y más tarde en sus denuncias infundadas de fraude ante el triunfo de Joe Biden. Este escenario fue incrementando el nivel de violencia social hasta culminar en el asalto y toma del Capitolio el 6 de enero de 2021. Dicho en términos politológicos, se había concretado el paso de las posturas del populismo de derecha, con las que Trump ganó su presidencia, a las sostenidas por los grupos que integran la *ALT-right*. La grieta política se profundizó y permanece instalada a pesar de que Trump ya no habita en la Casa Blanca. Su sostén son los 74.2 millones de votos obtenidos y la permanencia

[29] Francis Fukuyama, «The Pandemic and Political Order. It Takes a State», *Foreign Affairs Magazine* (2020).

de las conductas anti-vacunas que complican el plan de salida de la pandemia. Es claro que la democracia estadounidense puso en juego su calidad.

A lo largo de su administración, Trump siempre manifestó que China era el principal enemigo de Estados Unidos. Las controversias comenzaron con la guerra comercial, siguieron con la competencia en el campo tecnológico (5G, *Big Data*, carrera espacial, entre otras) y se consolidaron en torno a la disputa geopolítica por la conducción del orden internacional. Dicha disputa tiene hoy un aval bipartidista y se traslada como una línea de continuidad con la administración Biden. Sin embargo, la tarea de Estados Unidos para conservar su liderazgo es más desafiante que la de China para consolidar el suyo en el corto plazo. La gestión de Trump dejó una crisis doméstica aún más profunda y una sociedad polarizada en torno a dos modelos distintos de país.

9.4 Biden y la búsqueda de la transformación

Cuando Biden le ganó las elecciones primarias a Sanders con el apoyo del *establishment* del Partido Demócrata se especuló que sus políticas serían una réplica de las de Obama, lo que generó dudas debido a que las mudanzas en el orden internacional, los efectos negativos de la globalización neoliberal sobre distintos sectores sociales y productivos estadounidenses, más las consecuencias de la pandemia planteaban la urgencia de nuevas políticas. En ese marco, la magnitud de la crisis doméstica fue central para que Biden optara por propuestas que apuntaban a la unidad nacional (una sociedad menos fragmentada, más solidaria y más igualitaria); a la vacunación de la mayor cantidad posible de estadounidenses y la adopción de propuestas económicas que recuperasen el espíritu del *New Deal* y el *embedded liberalism*. Este conjunto de propuestas muestra un cambio integral con respecto a Trump, mientras que las medidas económicas establecen una distancia con respecto a Obama quien no logró avanzar en esa dirección. Aunque es prematuro afirmarlo, el camino para abordar la agenda doméstica facilitó el vínculo con el sector progresista del Partido Demócrata que se presumía iba a ser muy complejo, mientras que genera algunas tensiones con el ala más tradicional. A pesar de estas

dificultades, el rumbo del gobierno evidencia que Biden entiende que, si no hay recomposición interna, tampoco habrá recuperación del liderazgo estadounidense a nivel global.

Según Biden, las tareas para abordar la crisis doméstica deben guiarse por el supuesto *Build Back Better agenda*. Biden planteó en su campaña la idea de que no se puede simplemente reconstruir las cosas como eran antes de la pandemia, sino que es necesario reconstruir mejor. Para ello, presentó un marco legislativo que abarca propuestas para un alivio de la pandemia, servicios sociales, bienestar, infraestructura, cambio climático. Los desafíos para este objetivo son significativos e involucran, al menos, la resistencia del núcleo duro de seguidores de Trump y las tensiones en el Congreso.

En primer lugar, apaciguar la división entre los estadounidenses será difícil porque un número significativo de ciudadanos identificados con la lógica de la *ALT-right* están convencidos que, tal como lo planteó Trump, existió fraude y, por lo tanto, Biden no es un presidente legítimo. Esta situación se refleja también en la política de vacunación, debido a que existe una coincidencia entre esos grupos y las posturas anti-vacunas. En consecuencia, el país logró un acelerado proceso de vacunación durante los primeros meses de gobierno de Biden, pero actualmente (octubre de 2021) se encuentra estancado y con un rebrote de contagios por la variable Delta, lo que también ha impactado en el nivel de empleo que venía creciendo de manera muy positiva y se ha desacelerado.

En segundo lugar, las políticas que necesitan aprobación del Congreso encuentran dos tipos de escollos. Uno es la oposición y/o resistencia establecidas por el Partido Republicano, que aún depende en demasía de las opiniones de Trump y sus seguidores y no logra reencausarse como un partido conservador en lo político y defensor de la economía de mercado, pero institucionalista y alejado de las prácticas de la derecha alternativa. Otro está vinculado con las diferencias al interior del Partido Demócrata, mientras los progresistas apoyan los proyectos más ambiciosos de Biden, una parte de los más tradicionalistas se oponen por considerar que implican un gasto desmedido.

Hasta el presente la administración logró poner en marcha a través de la aprobación legislativa el *American Rescue Plan* de 1.9 mil millones de dólares que provee de ayuda económica inmediata

y cheques a las poblaciones más vulneradas por la crisis sanitaria. El plan obtuvo la aprobación para elevar temporalmente el techo de la deuda hasta diciembre de 2021 por un monto de 480.000 millones de dólares y de esta manera evitar el default. Sin embargo, los republicanos ya adelantaron que finalizado este período no volverán a apoyar más gastos.

Otro espacio de debate en el Congreso se está dando entre los demócratas frente a la propuesta del plan de infraestructura por 1.2 mil millones de dólares y el denominado plan de infraestructura social por 3.5 mil millones que presentó Biden. Si bien todos coinciden en la aprobación del primero, miembros del sector tradicional (como los senadores Joe Manchin y Kyrsten Sinema) quieren aprobar el primero y reducir el monto del segundo, pero los progresistas se niegan a votar si no se aprueban ambos de manera conjunta. Ante este escenario, el presidente negocia una reducción del plan de infraestructura social que sea aceptable para los progresistas, pero criticó a quienes se oponen a dichos planes. Sus declaraciones dejan en claro el perfil transformador que Biden pretende para su gestión. Sostuvo que «oponerse a estas inversiones es ser cómplices del declive de Estados Unidos... Estados Unidos sigue siendo la mayor economía del mundo, seguimos teniendo los trabajadores más productivos y las mentes más innovadoras del mundo, pero nos arriesgamos a perder nuestra ventaja como nación».^[30]

El perfil transformador incluye otras propuestas: una reforma impositiva que recaiga en los más ricos y contribuya a financiar los planes sociales y la creencia que el trabajo –y no la especulación financiera– es la base de una economía más solidaria. En este sentido Biden afirmó «The idea that 50 major corporations –making a total of 40 billion– pay nothing in taxes is just plain wrong».^[31] Explicó que el «Plan de empleo estadounidense es como un plano para que los trabajadores construyan Estados Unidos. Eso es lo

[30] Infobae [staff], «Joe Biden negocia con demócratas y republicanos la aprobación de tres leyes fundamentales en el Congreso» (2021), disponible en <<https://www.infobae.com/america/eeuu/2021/10/06/joe-biden-negocia-con-democratas-y-republicanos-la-aprobacion-de-tres-leyes-fundamentales-en-el-congreso/>>.

[31] Joseph Biden [@POTUS] United States government official. 27 de septiembre de 2021.

que es. Y reconoce algo que siempre he dicho en esta cámara y en otras: hay buenos hombres y mujeres en *Wall Street*, pero *Wall Street* no construyó este país. La clase media construyó este país. Y los sindicatos construyeron la clase media».^[32]

Si bien muchos discuten su perspectiva y adelantan que puede no tener éxito en tanto no es posible atender los problemas del siglo XXI con instrumentos del pasado como el *New Deal*, las mismas opiniones señalan la posible capacidad de modificación que traen consigo los planteos de Biden. En este marco, Dani Rodrik sostiene:

«Necesitamos una nueva visión económica, no nostalgia por una era mitificada de prosperidad ampliamente compartida en el país y supremacía mundial en el extranjero... En el pasado, cada oscilación excesiva en el equilibrio entre el estado y el mercado eventualmente provocó una oscilación excesiva en la dirección opuesta. El plan Biden puede romper este ciclo. Si tiene éxito, el ejemplo que da de los mercados y los gobiernos actuando como complementos, no como sustitutos, demostrando que cada uno funciona mejor cuando el otro ejerce su influencia, podría ser su legado más importante y duradero».^[33]

En el campo externo, Biden afirmó *America is back*. A priori, parece más fácil decirlo que hacerlo, en tanto Estados Unidos debe recuperar su rol multilateral, recomponer vínculos con los aliados y administrar la disputa con China en un contexto de declinación de su hegemonía, lo cual constituye un gran desafío. Hasta el momento, las acciones de política exterior de Biden han sido menos innovadoras que en la arena doméstica. En este sentido, el staff de gobierno encargado de distintos asuntos externos muestra preferencias por una diplomacia profesional, más tradicional en sus contenidos y menos influenciada por las propuestas de la corriente progresista del Partido Demócrata. La administración planteó cambios en el estilo diplomático con respecto a Trump

[32] Joseph Biden, *Declaraciones del Presidente Biden durante la sesión conjunta del Congreso*, 2021, disponible en <<https://www.whitehouse.gov/es/prensa/discursos-presidenciales/2021/04/29/declaraciones-del-presidente-biden-durante-sesion-conjunta-del-congreso/>>.

[33] Dani Rodrik, «Biden debe arreglar el futuro, no el pasado», *Project Syndicate* (2021), disponible en <<https://www.project-syndicate.org/commentary/biden-infrastructure-plan-potentially-transformative-by-dani-rodrik-2021-04>>.

y recuperó temas que han sido significativos en la historia de la agenda externa de los demócratas. Conceptualmente Biden recurre al excepcionalismo 2.0 y postula que su país encarnará la defensa de la democracia y los derechos humanos y propone una alianza con las democracias occidentales contra las autocracias en ascenso. Como muestra de su voluntad de recuperar el multilateralismo Estados Unidos retornó al Acuerdo de París, a la Organización Mundial de la Salud y ganó su postulación para integrar el Consejo de Derechos Humanos de Naciones Unidas a partir de 2022.

En el escenario global, la mayor continuidad con las administraciones Obama y Trump se da en torno a la percepción de amenaza que Washington siente frente a Pekín. De manera consecuente, China es también para Biden el «gran desafío estratégico» que enfrenta Estados Unidos para mantener su liderazgo internacional. Si bien existen acciones propias del campo externo como la reactivación de la alianza Quad (Coalición Cuadrilateral entre Estados Unidos, Japón, India y Australia) y la creación de AUKUS (la asociación de seguridad trilateral reforzada entre Australia, Reino Unido y Estados Unidos) destinadas a limitar la influencia china en el área del Indo Pacífico, también se da una fuerte articulación entre políticas domésticas y política exterior. Como señala Roberto Russell, en su discurso al cumplir cien días de gobierno, Biden aclaró que sus planes de reforma económica y las medidas que propone para desarrollar y dominar los productos y tecnologías del futuro no solo apuntan a mejoras indispensables y postergadas en el orden interno, sino que también las definió como un medio fundamental para poner a Estados Unidos en una posición adecuada para ganar la competencia global con China. Más aún, para mostrarle a Xi y otros autócratas que la democracia puede competir con éxito con las autocracias en el siglo XXI. En breve, aseveró que la competencia con China es para su gobierno una clásica rivalidad de política de poder como así también una disputa de normas y valores en la que la oposición entre democracia y autocracia será un eje ordenador central de su política exterior. Una forma de oposición que se muestra mucho más cercana a la de los años 30 y 40 del

siglo pasado, entre democracia y fascismo/comunismo que a la del conflicto ideológico de la Guerra Fría.^[34]

9.5 A modo de cierre

Aunque haya logrado contenerlo parcialmente, Estados Unidos inició su proceso de declive hegemónico en la década de 1970. Si bien Ronald Reagan es recordado como el presidente que ganó la Guerra Fría, lo cierto es que su opción por un orden internacional basado en el neoconservadurismo y el neoliberalismo sentó las bases para que, posteriormente, una nueva alianza entre progresismo y neoliberalismo consolidara a nivel global y nacional la mudanza desde un modelo de capitalismo productivo a uno de capitalismo financiero y, con ello, una profunda alteración tanto en el sistema productivo como en la distribución de la riqueza.

La consecuencia indiscutible de este proceso fue la crisis de 2008. Un país que había construido una narrativa de excepcionalidad en torno a la superioridad de su sistema democrático y económico y que, en función de esta, se atribuía el poder y la autoridad para liderar comenzó de manera creciente a deteriorar sus calidades democráticas (el *establishment* político estuvo más cerca de los intereses de los financistas que de los de la sociedad) y las consecuencias económicas se sintieron no solo sobre la comunidad afro-estadounidense y algunos sectores migrantes, sino también sobre gran parte de la clase media. Así, los problemas de clase sociales –poco abordados en los análisis cotidianos de Estados Unidos– comenzaron a ser parte del paisaje.

Las administraciones descriptas en este capítulo fueron conscientes de ese deterioro y plantearon distintos modelos para atenderlo. Sin dudas, Obama, después de generar enormes expectativas, decidió mantener las pautas que Bill Clinton había establecido en los 90 y que se basaban en una economía neoliberal que beneficiaba a los más poderosos y afectaba a los trabajadores y la clase media. El desencanto le abrió las puertas de la Casa Blanca a Trump. Sus posturas proteccionistas y nacionalistas tienen seguidores y

[34] Roberto Russell, *Presentación Observatorio Estados Unidos, Comité Estados Unidos*, n.º 108, Buenos Aires: Consejo Argentino de Relaciones Internacionales, 2021.

detractores, pero su apoyo desmedido a los sectores de extrema derecha y su trastrocamiento de los valores en favor de la anti-política, la xenofobia, la supremacía blanca, el uso de armas, el recurso a la violencia pública, el negacionismo y otras cuestiones propias de la *ALT-Right* profundizaron aún más las diferencias al interior de la sociedad. Cuando llegó la pandemia de COVID-19 en vez de liderazgo y aporte de bienes públicos globales, Trump ofreció negación, descontrol y un nacionalismo egoísta mientras que responsabilizó a China como generadora del virus. Biden se encuentra en un punto de inflexión porque sabe que la situación doméstica debe ser resulta y que no se pueden utilizar los instrumentos a los que recurrieron Obama y Trump. Es aquí donde busca políticas económicas y sociales que alguna vez Estados Unidos utilizó para atender escenarios de crisis y trata de adaptarlas a este presente desde una perspectiva transformadora. Además, también es consciente que su expresión *America is back*, necesita sustento interno para hacer frente al desafío externo representado por el empoderamiento de China en un contexto internacional de declive de su propio poder.

A lo largo del período que hemos analizado China fue creciendo política, económica y militarmente. Nadie puede desconocer que se constituyó en un desafío contra-hegemónico, pero lo que quisimos subrayar es que el deterioro del liderazgo estadounidense tiene, además, causas profundas en su escenario doméstico. El intento de Biden de una gran transformación comienza en casa (soluciones políticas, económicas, sociales y tecnológicas) y necesita de una nueva narrativa para sustentarse internacionalmente. No es posible leer el futuro, pero si tiene éxito quizás pueda llevar a su país hacia un escenario de liderazgo compartido. Los tiempos de la plena hegemonía se han ido.

Referencias

- BERGER, SAMUEL, «La política exterior de EEUU en una era global», *Política Exterior*, vol. 15, n.º 79 (2001), págs. 135-152, referencia citada en página 219.
- BIDEN, JOSEPH, *Declaraciones del Presidente Biden durante la sesión conjunta del Congreso*, 2021, disponible en <<https://www.whitehouse.gov/es/prensa/discursos-presidenciales/2021/04/29/declaraciones-del->

[presidente-biden-durante-sesion-conjunta-del-congreso/](#)>, referencia citada en página 239.

- FRASER, NANCY, *Contrahegemonía ya!*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2019, referencia citada en página 222.
- «El fin del neoliberalismo progresista», *Sin Permiso* (2017), disponible en <<http://www.sinpermiso.info/textos/el-final-del-neoliberalismo-progresista>>, referencia citada en páginas 222, 230.
- FT, «US haul from credit crisis bank fines hits \$150bn», *Financial Times* (2017), disponible en <<https://www.ft.com/content/71cee844-7863-11e7-a3e8-60495fe6ca71>>, referencia citada en página 229.
- FUKUYAMA, FRANCIS, «The Pandemic and Political Order. It Takes a State», *Foreign Affairs Magazine* (2020), referencia citada en página 235.
- GONZÁLEZ, ENRIC, «Un realista contra Wall Street», *El País* (2002), disponible en <https://elpais.com/diario/2002/12/07/internacional/1039215601_850215.html>, referencia citada en página 223.
- GUERRERO, JAVIER GIL, *Trump, un Presidente Jacksoniano*, 2017, disponible en <<http://www.gees.org/articulos/trump-un-presidente-jacksoniano>>, referencia citada en página 231.
- INFOBAE [staff], «Joe Biden negocia con demócratas y republicanos la aprobación de tres leyes fundamentales en el Congreso» (2021), disponible en <<https://www.infobae.com/america/eeuu/2021/10/06/joe-biden-negocia-con-democratas-y-republicanos-la-aprobacion-de-tres-leyes-fundamentales-en-el-congreso/>>, referencia citada en página 238.
- KRUGMAN, PAUL y ROBIN WELLS, *Introducción a la economía: Microeconomía*, Barcelona: Reverté, 2006, referencia citada en página 223.
- KUPCHAN, CHARLES, «The Clash of Exceptionalisms. A New Fight Over an Old Idea», *Foreign Affairs Magazine*, vol. 96, n.º 2 (2018), referencia citada en página 219.
- KURTTNER, ROBERT, «Barack Obama, la economía y el progresismo estadounidense», *Nueva Sociedad* (2011), pág. 236, referencia citada en página 226.
- LAVAGNA, ROBERTO, «Política, economía y deuda», en *Estado y globalización. El caso argentino*, Santa Fe: Rubinzal y Culzoni Editores, 2005, págs. 63-104, referencia citada en página 223.
- MEAD, WALTER RUSSELL, *Special Providence: The Secret Strengths of American Foreign Policy*, American Foreign Policy, Routledge, 2013, referencia citada en página 231.
- OBAMA, BARACK, «La renovación del liderazgo estadounidense», *Foreign Affairs Magazine*, vol. 7, n.º 4 (2007), referencia citada en página 224.
- PÚBLICO, ¿Qué fue de los protagonistas de la estafa de las «subprime» que trajo la mayor crisis económica?, 2017, disponible en <<https://www.publico.es/economia/crisis-financiera-protagonistas-estafa-subprime-trajo-mayor-crisis-economica.html>>, referencia citada en página 229.
- Los bancos de EEUU pagan más de 150.000 millones de dólares en multas por la crisis, 2017, disponible en <<https://www.publico.es/economia/bancos-eeuu-pagan-150-mil-millones-dolares-multas-crisis.html>>, referencia citada en página 229.

- PUTNAM, ROBERT, «Diplomacy and Domestic Politics: The Logic of Two-Level Games», *International Organization*, vol. 42, n.º 3 (1988), referencia citada en página 218.
- RODRIK, DANI, «Biden debe arreglar el futuro, no el pasado», *Project Syndicate* (2021), disponible en <<https://www.project-syndicate.org/commentary/biden-infrastructure-plan-potentially-transformative-by-dani-rodrik-2021-04>>, referencia citada en página 239.
- RUGGIE, JOHN GERARD, «International Regimes, Transactions, and Change: Embedded Liberalism in the Post War Economic Order», *International Organization*, vol. 36, n.º 2 (1982), referencia citada en página 218.
- RUSSELL, ROBERTO, *Presentación Observatorio Estados Unidos, Comité Estados Unidos*, n.º 108, Buenos Aires: Consejo Argentino de Relaciones Internacionales, 2021, referencia citada en página 241.
- SADER, EMIR, *El nuevo topo. Los caminos de la izquierda latinoamericana*, Buenos Aires: Siglo XXI y CLACSO, 2009, referencia citada en página 221.
- SKEEL, DAVID, *The new financial deal, understanding the Dodd-Frank Act and its (intended) consequences*, New Jersey: John Wiley & Sons, 2011, referencia citada en página 226.
- TRUMP, DONALD, *Discurso inaugural*, 2017, disponible en <<https://sv.usembassy.gov/es/discurso-inaugural-de-presidente-donald-j-trump/>>, referencia citada en página 231.
- VARGAS NÚÑEZ, PEDRO, *Barack Obama, el presidente que sacó a Estados Unidos de la recesión*, 2017, disponible en <<https://www.portafolio.co/internacional/barack-obama-el-presidente-que-saco-a-ee-uu-de-la-recesion-502740>>, referencia citada en página 227.
- WESTEN, DREW, «What Happened to Obama?», *The New York Time* (2011), referencia citada en página 225.
- ZAKARIA, FAREED, *The Post American World*, Nueva York: W. W. Norton, 2011, referencia citada en página 220.